

27 de marzo de 2022 - 4º Domingo de Cuaresma "C

[Jos 5:10-12; 2 Cor 5:17-21; Lc 15:1-3. 11-32](#)

Homilía

Jesús se encuentra atrapado, una vez más, entre dos grupos de personas. Por un lado, están los recaudadores de impuestos y los pecadores que acuden a escucharle y cuyos corazones se ven conmovidos tanto por su actitud como por sus palabras; por otro lado, están los fariseos y los escribas que no aprueban en absoluto su actitud. Le acusan no sólo de acoger a los infieles, sino incluso de comer con ellos.

La parábola que les cuenta Jesús tiene tres protagonistas, un padre y sus dos hijos. El personaje central no es el hijo menor, el que suele llamarse hijo pródigo. El personaje principal es más bien el padre. El hijo menor, que pide su parte de la herencia y luego va y la malgasta, representa a los publicanos y pecadores que vienen a escuchar a Jesús, y que a menudo se convierten por su contacto, y con los que Jesús no desdeña comer. Por último, está el hijo mayor, que se niega a compartir la alegría del padre y a sentarse a la mesa con su hermano pecador convertido. Representa a los fariseos y a los escribas.

Cuando leemos una parábola, tendemos inmediatamente a buscar la enseñanza moral que quiere darnos. En realidad, el objetivo principal de la parábola es enseñarnos quién es Dios. Por eso, lo primero que debemos hacer al escuchar esta parábola es comparar la imagen que tenemos de Dios con la que Jesús nos da de su Padre. Y no nos detengamos en si somos el hijo pródigo o el mayor que sabiamente se quedó en casa.

Más de una vez hemos experimentado la misericordia de Dios cuando hemos vuelto a Él después de cada una de nuestras escapadas. Pero, ¿no nos ha escandalizado también a menudo la forma en que Dios acoge a los que consideramos "pecadores"?

Veamos ahora un poco más de cerca lo que esta parábola nos dice sobre cada uno de los dos hijos. El hijo pródigo es un hijo adulto, pero nunca deja de pensar en su padre como tal. Cuando quiere irse le dice: "Padre, dame mi parte de la herencia". Después de ir a malgastar su herencia en un país alejado del Padre, donde no había ni justicia ni bondad, y después de convertirse en esclavo en un país extranjero, decide volver a su padre. Aunque ya no se siente digno de

ser llamado hijo, sigue diciendo "padre": "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti".

En cuanto al hijo mayor, no utiliza la palabra "padre" en ningún momento, ni siquiera se considera hijo, sino siervo: "Tantos años he estado a tu servicio sin desobedecer nunca tus órdenes". Al no ser un verdadero hijo, no puede entender la actitud de un padre. Para él, la única respuesta al pecado es el castigo, la única respuesta a la huida es la negación de la posibilidad de retorno.

Aunque la humanidad siempre ha conocido la violencia, parece que en nuestra época ha entrado en una carrera más loca que nunca para responder a la violencia con más violencia, basada en todo tipo de ideologías a menudo religiosas. Sólo la revelación del Padre de Jesucristo, pródigo en misericordia, puede ayudar a nuestra pobre humanidad a romper este ciclo diabólico de violencia. Seamos los mensajeros de esta revelación encarnándola en nuestra vida cotidiana.